

El llamamiento entre los conferenciantes de este ciclo organizado por la U. I. E. en México es para mí un honor que agradezco vivamente

~~Por primera vez, y de manera esporádica, ocupo una cátedra de la Universidad Obrera de México. Ello representa para mí un honor, que agradezco vivamente a los organizadores de estas conferencias. Pero quiero advertir que yo no vengo esta noche a dar una conferencia. Yo no vengo a explicar nada ni a razonar nada. Ni, mucho menos, a sumar una interpretación erudita más a las muchas que ya existen entre la extensa bibliografía cervantina. Lo que ^{ahora} ~~hoy~~ conmemoramos mejor digo, lo que se conmemora mañana, día 9 de octubre, se refiere a la persona de Cervantes, y no a su obra. Voy a limitarme, pues, a mostraros una pintura, viva y real, de aquel hombre extraordinario que habló para la eternidad en lengua española, o, al menos, de algunos de los aspectos más decisivos de su vida, de aquellos precisamente que influyeron en su obra inmortal.~~

Otra advertencia quiero hacer. Estas páginas que vais a escuchar pertenecen a un libro todavía en gestación donde se reconstruyen algunas de las grandes figuras de la literatura española que pasaron por la cárcel o el destierro. Cervantes, la más eminente de todas, sufrió, no una, sino cinco prisiones. Por lo menos, ese es el número de las que se conocen hasta ahora. Alguna queda todavía por ahí en litigio entre los investigadores literarios. Hablar, por consiguiente, de la totalidad de tan dilatados y ricos sucesos requeriría varias horas, y ello rebasaría el tiempo que a una charla de esta naturaleza conviene. Reduciré, por tanto, esta exposición mía a las dos primeras prisiones en donde Cervantes estuvo encerrado, y más adelante acaso, en días venideros, tengamos ocasión, bien en México, bien en España, ~~que~~ para mí son ya una misma tierra espiritual, de cerrar este doloroso y ejemplar capítulo de una vida más ejemplar cuanto más dolorosa.

Y ahora no perdamos un solo paso de nuestro infortunado héroe: ningún nombre-ningún adjetivo tampoco-le cuadra mejor al señor Miguel de Cervantes. Ya está templado su espíritu por innúmeras adversidades, capacitado su ánimo para las mayores empresas. Incluso para la de interpretar, como nadie lo ha hecho ni tal vez lo haga nunca, el corazón del hombre y los sentimientos que en él se guarecen. Ya lo hemos visto pelear y agonizar en Lepanto, decepcionarse en Navarino y en Túnez, vagar jocunda o desesperadamente por Italia, acrisolar su caballería en el cautiverio, probar fortuna en la novela y en el teatro, enamorarse y tener hijos, contraer nupcias y olvidarlas después por la aventura, rodar por los caminos y las ventas en Andalucía o en la Mancha, padecer la inquina de las gentes y la persecución de los golillas; ya lo hemos visto entre poetas y bigardos, sollozando desilusionado ante los desastres de una España que ya empieza a declinar y sonriendo irónicamente ante las baladronadas de otra España que se empeña en seguir vestida de mohosas fanfarrias. En fin: ya los hemos visto maduro, cuajado, dispuesto para el trance decisivo que le estaba reservado. Repito: no perdamos uno solo de sus pasos. Sigámosle con toda atención.

Antes de caer en la cárcel de Castro del Río por el mal negocio de Ecija, hubo de verse envuelto Miguel en otro no menos enojoso. Tuvo lugar en Teba, población que en tierras de Málaga, encaramado en la serranía, casi frontero a las de Sevilla y Cádiz, se alza como un nido de águilas. Allí, no él, sino un ayudante suyo ~~era~~ apellidado Benito, sacó de la cilla, sin el permiso del recaudador de tercias a cuya custodia se hallaban, unos miles de fanegas de trigo y cebada. El asunto se ~~manab~~ *agravó* en manos de los enemigos de don Pedro de Isunza, proveedor de las galeras. Era a éste, y no a Cervantes ni a su auxiliar, a quien ~~una~~ *se trataba de perjudicar.* El pleito remontóse a Madrid. Pero Miguel, como tantas veces, no dejó que la injusticia prosperase. En un gesto, digno de sus mejores días de Argel, pidió en un do-

cumento al rey que se cargasen a él todas las culpas, eximiendo así de ellas a su superior Isunza y a su subordinado Benito. Otro tanto había hecho ya en Sevilla al presentar sus descargos con motivo del mismo pleito. entonces
Por cierto que hallándose en la capital andaluza el comediante Rodrigo Osorio, padre de aquella Elena Osorio la de los famosos amores con Lope, le encargó a Cervantes ~~seis~~ ^{seis} comedias, y él se comprometió ante notario a escribirlas, debiendo cobrar por cada una de ellas al entregarlas quinientos cincuenta reales. Pero no las escribió. O, al menos, no han quedado rastro de ellas. Sin que sepamos el motivo, Miguel dió preferencia, una vez más, a la aventura sobre las letras, y algún tiempo después tenía que lamentar una de las peores desgracias: murió su protector y jefe don Pedro de Isunza, y nuestro hombre quedó en el mayor desamparo: sin empleo y sin nadie que pudiera procurárselo.